

## Adolfo Costa du Rels

Por Saturnino Rodrigo

*Vivir es la cosa más rara del mundo. La mayoría de las gentes no hace más que existir.*

Oscar Wilde

Las calles tranquilas y sosegadas de Sucre, según mis recuerdos, veían pasar a un hombre atildado, elegante, nervioso, con un tic que le imprimía gestos un tanto amanerados pero elegantes y distinguidos.

¿Quién era ese dandi displicente que concitaba la atención de los pacíficos habitantes de la ciudad blanca?

Acababa de llegar del fondo de la manigua traicionera de “La Frontera”, es decir, de las provincias lejanas de Chuquisaca, por donde había ambulado buscando en las entrañas del bosque la fuente que le diera sus riquezas: llegaba de haber buscado petróleo.

De esa búsqueda inmisericorde, de ese batallar contra el calor, contra la naturaleza, contra la sed y contra los hombres, nació la hermosa novela *Tierras hechizadas*, en cuyas páginas húmedas de sudor, embotadas de misterios y anhelantes de triunfo se abrieron al conocimiento boliviano y universal las bambalinas de un proscenio desconocido y casi inhumano. La selva tórrica [sic], el calor insoportable, los mosquitos, la impaciencia del hallazgo, en fin, una lucha permanente y agotadora puso a Costa du Rels entre los pioneros nacionales del petróleo y lo elevó al pináculo de la literatura boliviana.

Después, Costa saltó del valle profundo a la altura zarca del altiplano, trocando el martirio del calor por la atroz mordedura del frío: estuvo en Huanchaca, en Pulacayo y Uyuni. De esa estancia nació un libro de cuentos escrito en colaboración con Alberto Ostria G.: *El traje de Arlequín*, al que ha hecho perdurable el célebre cuento “La Miskki-Simi”.

Y este hombre que siguió la huella de Oscar Wilde, hacer la cosa más rara del mundo: vivir, incursionó en la diplomacia. Y, estando en Santiago de Chile, ganó un primer premio de teatro con su comedia *Hacia el atardecer*, ¡que tuvo la fortuna de ser repudiada por el teatro santiaguino por haber sido escrita por un boliviano!

Siempre regresaba a Sucre, que fue su verdadera tierra, su formadora espiritual y sentimental; fuerzas misteriosas que las llevó por todo el mundo como el aliento genuino de su alma, como el latido perpetuo de su corazón desolado.

En París, entró en el mundo intelectual y literario casi sin esfuerzo. Concurrió en un llamado poético de la revista *Fémina* y logró el primer premio con su libro de versos *Le sourire navre*. Y, así, fue preso del destino terrible del escritor lanzado, del escritor triunfante.

Brilló en los salones diplomáticos, en los salones artísticos y sociales, en las asambleas [sic] políticas internacionales. Representó atildada e inteligentemente a Bolivia en el Viejo y en el Nuevo mundo.

Dúctil, exquisito, un poco amanerado, pero grato y elegante, sabía adentrarse en la simpatía de las gentes.

En el mes de septiembre de 1928, Costa desempeñaba el cargo de Ministro Consejero de la Embajada de Bolivia en Francia. Yo había ido de Bruselas a París por unos días y fue entonces que hice amistad con ese espíritu [sic] diáfano. Me recibió como a un antiguo amigo y me invitó a almorzar en un restaurante chic, donde departimos gratamente.

—¿Recibió usted mi carta? Me preguntó. —Sí, —le respondí— y le quedo muy agradecido por ella. Ha sido Ud. muy generoso en sus apreciaciones.

—He sido justo y le repito lo que decía en ella: “todo lo que he leído en sus libros está impregnado de una singular poesía, acicate magnífico de nostalgias y añoranzas. Ha bastado de unas cuantas páginas tuyas para que, venciendo al tiempo y a la distancia, la lejana patria se haya apoderado de mi espíritu; bella, limpia, con todo el encanto de sus valles y la melancolía de sus pampas”.

Palabras amables que dejaron honda huella en mi espíritu.

Años después, cuando yo era adjunto de prensa en la embajada de Bolivia en Buenos Aires, él era embajador, y llevó a cabo una gran tarea intelectual colaborando en las páginas literarias de *La Nación* y animando las salas de exposición artística que ilustraron a los porteños con las obras pictóricas de nuestros pintores.

Después, regresó a su París y se sumergió en la vorágine literaria, convirtiéndose en un destacado escritor francés, casi dejando por entero su idioma natal, al que luego volvió impulsado por el misterioso *élan* de sus *revenants*, ya que es imposible huir del misterio sagrado que alimentó nuestras primeras células, que acunó nuestros primeros gimoteos, enardeció nuestros primeros amores y entristeció nuestras primeras desilusiones.

Adolfo Costa du Rels, en los últimos años de su vivir fugitivo, regresó a su tierra, a esta tierra que no solo le dio a la mujer que sería madre de sus hijos, sino que le infundió toda su esencia telúrica, que lo embrujó con la solemnidad de sus alturas y el murmullo de sus selvas, dándole así el caudal de su emoción. Y sahumó su alma de artista para convertirlo en uno de los más exquisitos, más sutiles y elegantes escritores.

Y, así, tras un peregrinaje fecundo por los cuatro puntos cardinales del globo, vino a La Paz a recrearse con la visión inmaculada y única del Illimani, de esa montaña que con las altas cumbres andinas le inspiró una de sus más hondas y tiernas novelas: *Los Andes no creen en Dios*.

Bolivia le dio el tesoro de su emoción y Costa du Rels vino a pagarle esa deuda entregando su cuerpo al humus de su tierra.